

La “Libertad” que Mata

Cuando el Estado deja de cuidar el ajuste se vuelve intemperie

Por Federico González



“Si tienes miedo de quien te protege, ¿quién podrá protegerte de ese temor?”

Ronald Laing

Hay preguntas que parecen filosóficas hasta que la realidad las vuelve urgentes. La frase citada por el psiquiatra escocés Ronald Laing resulta paradigmática: qué ocurre cuando quien debería protegerte se convierte en fuente de miedo.

En política, esa pregunta tiene un nombre concreto: un Estado que abdica. Porque el Estado, con todos sus defectos, no nació para decorar discursos, alimentar burocracias inútiles ni sostener privilegios obscenos. Nació para ser el último refugio cuando todo lo demás se derrumba. La casa común cuando arrecia la intemperie. La mano que sostiene cuando la mano propia ya no alcanza.

Por eso la pregunta hoy es brutal: qué ocurre cuando el Estado deja de sostener. Qué ocurre cuando el custodio se retira. Qué ocurre cuando, en nombre de la libertad, se le dice a cada persona que se arregle como pueda, incluso cuando ya no puede.

La respuesta, esta vez, no vino en forma de metáfora. Vino en forma de números.

Nancy Pazos: Inteligencia Artesanal y verdades crueles



En la última edición de *Inteligencia Artesanal*, Nancy Pazos hizo algo que en el periodismo argentino se ha vuelto menos frecuente de lo deseable: puso una verdad dolorosa sobre la mesa y no la dejó flotando en el aire de la opinión. La sostuvo con datos. La rodeó de contexto. La llevó hasta sus consecuencias. Y, sobre todo, se animó a decir aquello que muchos intuyen, pero pocos formulan con claridad necesaria: **“la motosierra también mata”**.

Hay que reconocerlo sin mezquindad y con gratitud. En tiempos de griterío, operaciones, consignas rápidas y obediencias de tribu, Nancy hizo periodismo en su forma más noble: miró donde dolía. No buscó la comodidad del comentario liviano ni el refugio de la neutralidad cobarde. Tomó una hipótesis dura, la confrontó con cifras oficiales y la convirtió en una pregunta pública. Eso es inteligencia artesanal: pensar con las manos metidas en la realidad, no desde la asepsia de los escritorios ni desde la espuma efímera de las redes.

Porque hay verdades que no entran solas en la conversación pública. Hay que empujarlas. Hay que darles cuerpo. Hay que ponerles número, rostro, tono, respiración. Nancy lo hizo. Y lo hizo en el punto exacto donde el dato deja de ser estadística y empieza a ser interpelación moral.

Lo digo con toda claridad: esas verdades dolorosas, enunciadas por Nancy con valentía, me tocaron. No solo me informaron. Me tocaron. Me obligaron a pensar más hondo y a correr la mirada del debate económico abstracto hacia sus consecuencias humanas más desnudas. Me inspiraron estas reflexiones porque, cuando el periodismo acierta en el nervio de una época, deja de ser simple comentario sobre la realidad y se vuelve llamado. Y hay llamados que uno no tiene derecho a desoír.

Nancy mostró el deterioro social: la caída del consumo de carne, las familias que resignan comida, los jubilados que estiran medicamentos, los pacientes que demoran controles, las vidas que empiezan a quedar fuera del radar del Estado. Luego fue al punto más duro: las estadísticas vitales. Entre 2023 y 2024 hubo 23.312 muertes de más en la Argentina. La enorme mayoría, adultos mayores. La mortalidad infantil volvió a subir después de dos décadas de descenso. La

mortalidad materna creció. Y los intentos de suicidio, según los datos mencionados, se duplicaron respecto del promedio histórico.

Ese es el dato que rompe el vidrio. Porque cuando un país empieza a producir más muerte evitable, ya no estamos hablando solo de economía. Estamos hablando de una falla moral del poder.

Borges, el Hombre y el Estado

En *El remordimiento*, en versos desolados, Jorge Luis Borges confesó: “He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer. No fui feliz”.

Permítaseme la paráfrasis, porque aquí la literatura ilumina la política con una precisión dolorosa: Milei propició que el Estado cometiera el peor de los pecados que un Estado puede cometer: dejó morir.

En Borges, el drama es íntimo y retrospectivo: un hombre mira su vida desde el borde del remordimiento y descubre, acaso demasiado tarde, que no fue feliz. En la Argentina de Milei, el drama es público y todavía más grave: el Estado no mira hacia atrás arrepentido, sino hacia adelante indiferente; no confiesa su pecado, lo niega, lo repite y lo convierte en política pública. Allí está la diferencia decisiva. Un hombre puede lamentar haber fallado en la búsqueda de su felicidad; un Estado no tiene derecho a fallar en el cuidado de la vida. Y una vez consumado el daño, tampoco tiene derecho a negarlo, justificarlo o alegar desconocimiento de su propia insensibilidad e impericia.

La felicidad pertenece al territorio secreto de cada persona. La vida, en cambio, es el primer deber de una comunidad política. Antes del déficit, antes del superávit, antes del mercado, antes que la tecnocracia economicista, está la obligación elemental de que la gente no quede abandonada.

Porque una sociedad no se mide solo por lo que podría llegar a producir. Se mide, sobre todo, por lo que no está dispuesta a sacrificar. Y si lo que se sacrifica son los ancianos, los enfermos, los pobres, las madres, los chicos, los desesperados, entonces ya no estamos ante un ajuste. Estamos ante una renuncia civilizatoria. Ante la quintaesencia del desamor por el otro.

No digo que Milei haya empuñado un arma. Sería una simplificación torpe. Digo algo más serio y quizás más grave: cuando un gobierno retira medicamentos, desfinancia cuidados, debilita hospitales, corta programas sensibles y empuja a millones a vivir en estado de subsistencia, no necesita matar de manera directa para producir muerte. Le alcanza con soltar la mano.

Albert Camus y la pregunta que ningún Estado debería abrir

En el *El mito de Sísifo*, Albert Camus nos sacude con una afirmación extrema: acaso el único problema filosófico verdaderamente serio sea el suicidio. Es decir: la pregunta por si la vida merece o no ser vivida.

Esa pregunta, en una vida individual, puede surgir del absurdo, del dolor, de la soledad, de la pérdida de sentido. Pero cuando aparece socialmente, cuando empieza a multiplicarse como síntoma de época, ya no estamos solo ante un drama íntimo. Estamos ante una auténtica

tragedia política: la evidencia de que una sociedad está empujando a demasiados de sus miembros hacia el borde donde vivir empieza a parecer imposible.

Porque cuando la realidad social y económica se vuelve invivible, cuando vivir se reduce a subsistir, cuando cada día se convierte en una pulseada humillante entre la comida, el remedio, la deuda, el alquiler, la angustia y la soledad, el Estado empuja a muchos ciudadanos hacia el borde de esa pregunta terrible: ¿vale la pena seguir así?

Ahí el Estado mata entonces de dos formas. Mata quitando remedios, tratamientos, controles y cuidados, y esa es la muerte biológica. Pero también mata quitando horizonte, dignidad, pertenencia y sentido, y esa es la muerte moral que puede desembocar (y lo hace) en suicidio.

Porque una política pública no solo administra recursos. También administra horizontes. Puede abrir futuro o clausurarlo. Puede sostener el sentido o triturarlo. Puede crear condiciones concretas para que vivir no sea apenas resistir o puede decirle a una persona, con la indiferencia fría de una planilla, “arreglate”.

Cuando el Estado abandona la salud, produce cuerpos más frágiles. Cuando abandona el sentido, produce almas más solas. Y una Nación no se destruye únicamente cuando aumenta la mortalidad. También se destruye cuando vivir empieza a parecerle imposible a demasiados.

No son daños colaterales: son consecuencias

El gran truco moral del ajuste cruel consiste en esconder sus muertos. Por eso, el gran mérito de la nota de Nancy es revelar la estratagema.

Porque la muerte causada por una mala política pública rara vez aparece como una escena espectacular. No hay una cámara que registre el momento. No hay zócalo rojo. No hay sirena. No hay conferencia de prensa.

Tal como lo señaló el Dr. Óscar Atienza —el invitado de Nancy— la muerte ocurre más discretamente. Ocurre cuando un hipertenso abandona la medicación, cuando un jubilado decide tomar media dosis para que la caja dure más, cuando una madre posterga un control, cuando un paciente de salud mental queda a la deriva, cuando alguien deja de encontrar una razón para seguir.

Después, el poder se jacta cínicamente sentenciando que no ve muertos en la calle.

Claro. Porque, continuaba Atienza, la gente no siempre muere en la calle. A veces muere en una cama, en una guardia, en una casa humilde, en silencio, en una estadística que recién se publica meses después.

Pero que esas muertes absurdas y evitables no se vean no significa que no existan. Y que no se nombren como tales no significa que no tengan responsables.

Esta es la perversa eficacia de ciertas políticas: no dejan una escena única, sino una suma dispersa de derrotas privadas. Un abuelo que no llegó. Una madre que no pudo. Un paciente que abandonó. Un joven que no encontró salida. Un hogar que se apagó de a poco. La motosierra no siempre produce estruendo. A veces trabaja en silencio.

Capital humano: la ironía más cruel

Este gobierno creó un Ministerio de Capital Humano. Tal denominación, dicha así, parece encomiable. Casi desarrollista. Casi moderna. Casi hasta sensible.

Pero ahí está la paradoja: llamaron Capital Humano al área encargada de administrar políticas que, en los hechos, deterioran el capital humano real de la Nación.

En rigor, Gary Becker, premio Nobel de Economía, tampoco pensaba el capital humano como una metáfora sentimental. Sí lo pensaba como una inversión en las capacidades de las personas: educación, salud, formación, productividad, conocimiento. Es decir, aquello que permite que una sociedad produzca más, piense mejor, innove, trabaje, cuide, enseñe, aprenda y construya futuro.

Por eso la paradoja es tan brutal: un ministerio llamado Capital Humano dentro de un gobierno que descapitaliza cruelmente al capital humano.

Porque capital humano no debería ser una consigna vacía. Tampoco un cartel en la puerta de un ministerio. No puede tratarse de una marca prolija para esconder el ajuste. Capital humano, en cambio, es salud, educación, alimentación, cuidado, esperanza, capacidad productiva, energía social, inteligencia colectiva.

Un pueblo enfermo no es competitivo, un jubilado abandonado no es eficiencia, un chico mal alimentado no es libertad, una sociedad deprimida no es orden, un país que destruye la salud de su gente no está ahorrando: se está descapitalizando.

Y esto hay que decirlo con todas las letras: el ajuste que destruye capital humano no es un éxito económico. Es una forma lenta de empobrecimiento nacional.

Los dos pecados

Hay aquí dos pecados. Uno ético, moral, humano. Otro de impericia pragmática.

El primero es el más grave. Un Estado no puede desentenderse de la vida de los más frágiles. Puede discutir impuestos, ministerios, regulaciones, empresas públicas, gasto político, privilegios y burocracias. Debe hacerlo. Pero no puede poner en la balanza la vida de quienes ya no tienen margen para resistir.

No hay teoría económica que justifique dejar morir, no hay ideología que absuelva el abandono, no hay superávit que lave esa culpa.

El segundo pecado es de impericia pragmática. Y debería preocupar incluso a quienes son sordos a los argumentos morales. Porque ningún país se desarrolla destruyendo a su gente. Ninguna economía se vuelve fuerte debilitando los cuerpos, la educación, la salud mental, la esperanza y la capacidad productiva de su pueblo.

El Desarrollismo Inteligente del Siglo XXI —ideario que me compromete— parte de una idea simple: la riqueza principal de una Nación no está debajo de la tierra, sino arriba de ella. No es solo el litio, el gas, la soja o los dólares. Es su gente. Su inteligencia. Su salud. Su formación. Su capacidad de producir, inventar, enseñar, cuidar, emprender y crear futuro.

Si se deteriora eso, se deteriora todo.

Peter Drucker solía distinguir eficiencia de eficacia. La eficiencia es hacer bien las cosas. La eficacia es hacer las cosas que hay que hacer. Un gobierno que recorta salud para mostrar superávit puede exhibir, en el mejor de los casos, una eficiencia contable. Pero al hacerlo no solo comete un pecado político imperdonable: incurre en una ineficacia estratégica, porque hace prolijamente aquello que jamás debería hacerse.

En criollo: lo barato sale caro. Y en política: lo cruel, además de cruel, sale carísimo.

La libertad no puede ser abandono

La palabra libertad merece algo mejor que esto.

La libertad no puede ser el nombre elegante de la intemperie. No puede significar que cada uno se arregle como pueda, mientras el Estado se retira y celebra su propia ausencia. No puede reducirse a una frase de campaña mientras una persona decide si compra comida o remedios.

La libertad real exige condiciones. Exige salud, educación, seguridad mínima, comunidad, horizonte. Exige que la vida no sea una ruleta donde gana el que nació más protegido y pierde el que cayó más abajo.

Cuando esas condiciones desaparecen, la libertad deja de ser libertad y se convierte en privilegio. Y un privilegio no es una doctrina política: es una coartada para mirar hacia otro lado.

Por eso el dilema argentino no es Estado sí o Estado no. Ese debate es infantil. El verdadero dilema es otro: Estado torpe o Estado inteligente, Estado que asfixia o Estado que potencia, Estado que abandona o Estado que cuida, Estado que administra sin norte o Estado que invierte donde se juega el futuro.

Digámoslo con claridad: no se trata de defender un Estado inútil, caro, opaco o corrupto. Sí de abogar por un Estado estratégico, austero, eficaz y humano. Un Estado que no confunda sensibilidad con despilfarro, pero tampoco orden fiscal con crueldad.

Porque cuidar no es gastar de más. Cuidar es gobernar con sabiduría.

El peor pecado de un Gobierno abandonador

Borges hablaba del remordimiento de un hombre. Pero aquí cabe hablar del remordimiento posible de una Nación.

Porque algún día habrá que mirar estos años con menos gritos y más verdad. Habrá que preguntarse qué se hizo en nombre de la libertad, qué se destruyó en nombre del equilibrio, qué vidas se dejaron caer para que cerrara una planilla.

Y entonces tal vez comprendamos que un Estado no se mide solamente por lo que ahorra. Se mide por lo que protege, por lo que evita, por las muertes que no ocurren, por los dolores que no deja solos, por las vidas que sostiene cuando nadie más puede sostenerlas.

La motosierra no corta solo gastos: corta remedios, corta controles, corta tratamientos, corta comida, corta esperanza y, cuando corta todo eso, también corta vidas.

La Argentina necesita orden, sí. Necesita equilibrio, sí. Necesita terminar con privilegios, sí. Pero no necesita una libertad que abandone, no necesita un Estado que se lave las manos, no necesita una economía que cierre en los números y fracase en los cuerpos.

Porque un país con superávit y más muertos no es un país ordenado. Es un país que perdió el alma en la ventanilla de contabilidad.

Y todavía estamos a tiempo. Tal vez ese sea el punto. Todavía estamos a tiempo de recordar que cuidar a la gente no es el precio del desarrollo, sino su condición. No hay Nación posible sobre la intemperie de su pueblo, no hay futuro si el Estado comete su peor pecado, no hay libertad verdadera donde la vida queda sola.

Gracias, Nancy Pazos, por haber puesto el dedo donde dolía, los datos donde hacía falta y la voz donde muchos preferían silencio. A veces el periodismo hace eso: incomoda, ilumina y nos ayuda a poner en palabras lo que la realidad ya venía gritando. Fecunda claridad.